

Teatro y *adolescere*: un ejercicio de convivencia

Laura Furlan

Era el año 2003, tenía veinticuatro años cuando entré al cubículo de Sebastián Plá en la dirección de secundaria del Colegio Madrid.¹

- ¿Tienes alguna experiencia dando clases a adolescentes?
- No, ninguna.
- Bueno, yo tampoco he dirigido antes una secundaria, así que empezamos.

Durante los años de secundaria y bachillerato, los estudiantes tienen asignado un horario de dos horas a la semana para cursar una “actividad estética”, la cual eligen entre varias opciones que el colegio les ofrece. Los talleres artísticos han variado según las modas, los recursos y los intereses de los alumnos y, sobre todo, de los coordinadores y directores; sin embargo, el taller de teatro se ha mantenido durante los últimos treinta años. Yo misma tomé el taller cuando era alumna del colegio, y aprovecho la ocasión para hacerle un reconocimiento a mi gran maestro Carlos Díaz.

Trece años después de enfrentarme por primera vez a un grupo de adolescentes, sigo haciéndolo casi con el mismo nerviosismo que en aquellos primeros días. Es, sin duda, desde esta experiencia que puedo ensayar algunas reflexiones sobre teatro y educación.

Al pensar sobre la manera de abordar la cuestión, me pareció pertinente recurrir a mis alumnos y exalumnos para que me contaran

¹ “Colegio fundado en la Ciudad de México en 1941 por el gobierno de la Segunda República Española en el exilio, con el propósito de proteger y formar a una niñez proveniente de la guerra civil...”: <http://www.colegiomadrid.edu.mx/index.php/el-colegio/historia>.

cómo había sido su experiencia en el taller de teatro, así que emplearé sus palabras para delinear algunos aspectos que me interesan.

Creo que podría definir el taller de teatro como una experiencia de autodescubrimiento y liberación [...]. El taller fue una liberación para mí porque ahí podía compartir con otras personas toda mi locura, mis ideas más disparatadas y mi particular sentido del humor. En ese pequeño espacio que tenía lugar sólo dos horas a la semana, podía ser yo misma y pasar tiempo entre un grupo de gente que era como yo [...]. En esos tiempos yo tenía la ansiedad de rebelarme contra el mundo, pero no sabía concretamente contra qué hacerlo, ni cómo manifestar esa sensación. El teatro me ayudó a entender qué era lo que me molestaba y cómo podía expresarlo. Me molestaba la autoridad que te decía qué hacer y cómo hacerlo, sentía que todo estaba ya predeterminado sin que yo ni nadie pudiéramos opinar sobre cómo debíamos vivir nuestras vidas. Las cosas eran así porque así debían ser y punto. Pero el teatro me hacía sentir libre, a través del teatro podías cambiar el orden de las cosas, podías trasgredir los límites, podías retar a la autoridad. Cuando hacía teatro sentía como si tuviera una fuerza interna y me sentía mejor. [Inari Sosas, generación 2003-2009; estudia la maestría en Ciencias Bioquímicas en la UNAM.]

La adolescencia es un momento de quiebre, un periodo no poco doloroso de la vida en el que se construye gran parte de nuestra identidad; se trata de una época en la que —en contraste con la infancia, la familia, los adultos— el proceso de autodefinition y de identificación con los otros no está exento de peligros. Si a esto agregamos la angustia cada vez mayor por la incertidumbre del futuro y

la sensación de “cielo apocalíptico” que cubre el presente, la pregunta “¿qué puede hacer el teatro en la montaña rusa que implica crecer?” no resulta trivial, y las respuestas suelen ser muy variadas.

La primera, y creo que la que más ha acompañado mi trabajo durante estos años, pasa por entender que el teatro es sobre todo un ejercicio de convivencia. La escuela misma lo es, cierto; sin embargo, el espacio de lo teatral puede generar una suspensión de las relaciones que se tejen día a día entre los muros que la conforman, para “cambiar el orden de las cosas” y pensar, aunque sea de manera efímera, otras formas posibles, otras formas de estar y ser con los otros. El teatro, en este sentido, puede funcionar —lo que, creo, se debe justamente a la estructura escolar— como un laboratorio de imaginación social, afectiva y, por lo tanto, política.

“Volver a fundar la realidad en cada obra y movilizar el espíritu, provocando transformaciones, es propio del teatro. Por eso el teatro es un hecho fundamentalmente educador”.² Pero en la práctica, el teatro por sí mismo no necesariamente está libre de reproducir los mecanismos que a veces intenta evidenciar o disolver, y es ahí donde el énfasis en su potencia formativa adquiere gran relevancia. Pienso que es en el cruce de la educación formal con el aspecto “fundamentalmente educador” propio del teatro donde puede abrirse un espacio para imaginar otros mundos posibles que acompañen la transformación —física, mental y emocional— que los adolescentes viven todos los días.

² Ester Trozzo, “Teatro como contenido curricular. Encuadre pedagógico”, en *Teatro, adolescencia y escuela. Fundamentos y práctica docente*, Aique, Buenos Aires, 1998, pp. 65-66.

He estado en teatro desde primero de secundaria. Hoy me doy cuenta de que me ha enseñado muchas cosas [...]. Me ha enseñado a escuchar a otras personas, porque su opinión es igual de importante que la mía: por muy fabulosa que creas que es tu idea, siempre hay otras igual de fabulosas. Me ha enseñado a no juzgar ni descartar opiniones sólo porque no se parecen a la mía; a tener paciencia, mucha paciencia; a trabajar en equipo; a mostrar respeto por mí y por mis compañeros; a crear, a expresarme [...] y sobre todo a que no me dé vergüenza hacer el ridículo: si yo me la pasé bien haciendo algo que para mí fue divertido y nació de mi imaginación, no me debería importar lo que la gente opine. [Luisa Gutiérrez, 4.º semestre de CCH, Colegio Madrid.]

En las palabras de Luisa aparecen dos aspectos que también han construido mi trabajo docente y en los que he insistido con terquedad. Cuando los alumnos deciden tomar el taller de teatro por primera vez, las razones por las que lo hacen son a veces insospechadas: les gusta actuar, cantar, bailar; son extrovertidos o, al contrario, muy tímidos y quieren superarlo; les gustaron las obras de otros grados escolares; no tienen ganas de hacer muchas tareas y en teatro, según les cuentan, casi no dejan, o simplemente tienen ganas de estar con sus amigos y, aunque no les guste el teatro, es lo que ellos eligieron.

Las decisiones sobre la obra que al término del curso debe presentarse ante sus compañeros y maestros se toman en el marco de este complicado mosaico de deseos. Ahí empieza la labor titánica, desde el primer día y hasta el final, para generar un espacio de construcción colectiva –distinta del trabajo en equipo en términos de división de tareas– basado en la negociación, la escucha mutua, el consenso y, sí, como dice Luisa, se requiere de una infinita paciencia. Muchas veces gran parte de mi rol consiste en contener la impaciencia, la mía y, sobre todo, la de ellos.

Cabe señalar, además, que en los últimos años, ante los cambios en las relaciones que generan las redes sociales, la capacidad de resolver juntos y en presencia de los otros, en un tiempo determinado por las horas de clase y en un espacio físico y concreto que nos contiene a todos, se ha vuelto un asunto cada vez más delicado. Si para la escuela en general ha significado un reto entender las problemáticas que se desprenden de estos



Año 0, creación colectiva de los alumnos de 5º y 6º semestres de CCH del taller de teatro del Colegio Madrid, obra que participó en el Festival Internacional de Teatro Universitario 2015. Foto cortesía de la autora.

nuevos modos de relacionarse –el *cyberbullying*, por ejemplo–, para la clase de teatro tampoco ha sido fácil conciliar la diversificación de la presencia que los adolescentes viven de manera natural. Se trata, entonces, de suspender por un momento esa multiplicidad de espacios para aterrizarlos en un “estar presentes” y construir desde ahí. La obra que se presenta, el resultado final, puede variar en tonos, temas, contenidos y formatos. No diría que es lo de menos, pero sí que no es lo más importante.

Y aquí aparece el segundo aspecto: la diversión.

Me gusta pensar el taller de teatro también como un espacio para divertirse, si entendemos la diversión no como forma de entretenimiento sino como algo intrínsecamente relacionado con el ocio, con “no producir cosas útiles”, con “perder el tiempo”, con “no hacer nada” y oponer así una resistencia a la inmensa presión, esencialmente capitalista, en la que estamos todos inmersos tanto dentro como, por supuesto, fuera de la escuela. La convivencia como ejercicio constante, la construcción colectiva, la diversión y la posibilidad de cambiar el orden de las cosas, son algunas de las pautas para entender mi propia experiencia en la docencia teatral.

La reflexión no se agota aquí; al contrario, creo que apenas comienza a vislumbrarse, pero quisiera cerrar con estos dos testimonios para hacer presente el recuerdo que persiste y que ayudó a sus autores a encaminarse por los rumbos de lo teatral (como solía decir el maestro Héctor Azar: “si bien no todo el mun-

do debiera dedicarse al teatro, todos deberían hacer teatro al menos una vez en su vida”:

Trabajaba a la par que iba a la escuela, actuaba con actores profesionales a la par que con mis amigos y siempre disfruté más estar en el taller de la escuela que en el ensayo de un gran teatro. Un taller siempre puro, casi virgen, sin prejuicios, donde seguíamos aprendiendo jugando y cagándola. Resulta que cuando salí del CCH decidí estudiar actuación (en Casa Azul). Es verdad que sigo viendo el teatro como un juego... Es verdad que en el teatro sigo buscando un lugar donde no tenga que hacer las cosas “bien”... Es verdad, también, que quiero lograr un teatro como el que me enseñaron a mí, al que siempre quiero volver. [Ana Valeria Becerril, generación 2009-2015.]

Ahora estudio teatro en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Esto se debe, en gran parte, a la insatisfacción que me quedaba cada que terminábamos una obra [...] nunca quedé satisfecho de lo que hacíamos en esa única función. El teatro es efímero; trabajamos muchas horas para llegar a unos cuantos momentos de representación, pero esas horas son valiosas y nos conforman como seres humanos. Elegí este camino por la calidad de las horas que pasaba imaginando al lado de Laura y de los que nos acompañaron durante esos cinco años teatrales. [Olinmenkin Sosa, generación 2006-2012.]

LAURA FURLAN. Actriz y matemática de formación. Trabaja en el Colegio Madrid como docente de Teatro en bachillerato y es coordinadora de Artes en secundaria. Es integrante de la agrupación artística Teatro Ojo.